

Año III. Barcelona 30 de Mayo de 1889 N.º 104

# Semana Cómica

LIT. MIRALLES. UNION. 17.

Redacción : Vertrallans, 3.-1.º

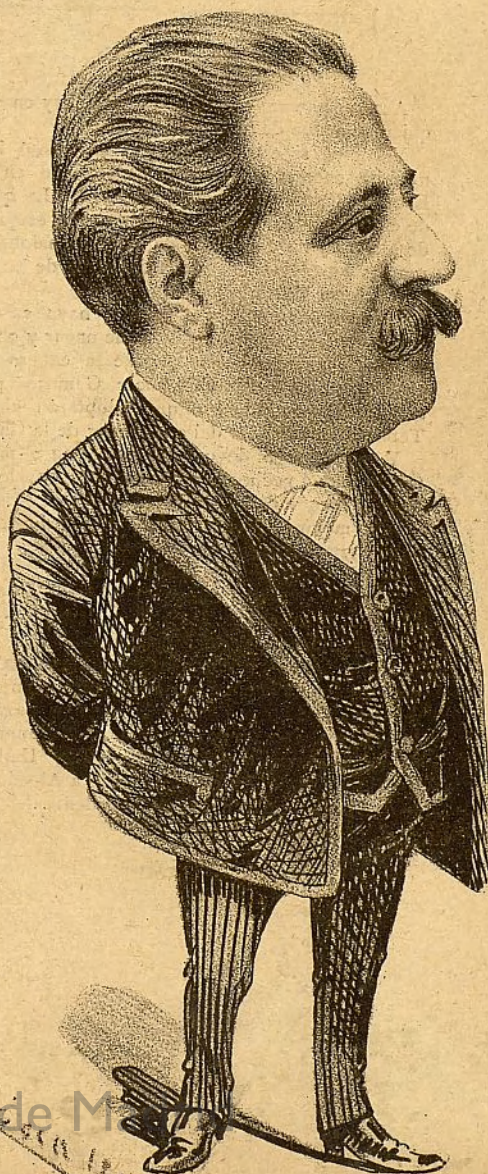
EDUARDO G. BERGÉS



15  
céntimos.

*scaler*

—Su voz ¡qué hermosa y potente!  
Su dicción ¡qué fluida es!  
¡Que bien dice! ¡que bien siente!  
¡Es un artista excelente  
este diablo de Bergés!



Ayuntamiento de Madrid



## — SUMARIO —

TEXTO:—*La Semana*, por Antonio L. Ruiz.—*Un drama*, por Casimiro Prieto.—*A lola*, por José de Diego.—*Lo que va de ayer á hoy*, por José Borrás.—*La primera edición*, por F. Normand.—*Tipos del natural*, por José M.<sup>a</sup> Codolosa.—*La del humo*, por E. de Lustonó.—*La prensa de Madrid*, por Antonio Cortón.—*A luz*, por Manuel Lassa.—*Antes y después*, por Mariano Arcel.—*Chirigotas*.—*Correspondencia*.  
GRABADOS:—*Eduardo C. Bergés*, por Escaler.—*Las patentes de alcohol*, por Cilla.—*Personajes Históricos*, por Escaler.—*Teatros de verano*, por Pons.—*Día de corrida*, por Cilla.—*Términos de pintura y Las buenas hembras*, por Escaler.



Aunque parezca mentira, todavía hay en el mundo quien se ocupa de la actitud de Martos.

Yo no sé si esta *actitud* será cómoda ó incómoda, ni si pertenecerá al número de las que en el Circo Ecuestre llaman *actitudes académicas*. Lo que sí sé, y de ello puedo dar testimonio fehaciente, es que ya estoy de Martos y de Sagasta y de sus disensiones y conferencias hasta dos pulgadas más arriba de la coronilla.  
¡Dichoso Martos!

Yo no comprendo, Señor, que haya en el mundo quien, teniendo familia, y casa que pagar y ocupaciones propias á que atender, se quiebre la cabeza pensando en lo que hará ó dejará de hacer Gamazo, pongo por *conjurado*, ó en la actitud que adoptarán el duque de Tetuán ó el canciller del emperador de la China.

Y sin embargo, de que hay seres en el mundo que toman muy á pechos estas cuestiones, no les quepa á Vds. la menor duda.

A lo mejor se le acercan á Vd. y le dicen con aire de indignación suprema:

—¿Ha visto Vd. qué desfachatez?

—¿Cuál? ¡la de su casero de Vd.?

—No, hombre, no: la del Rey Umberto. ¡Mire usted que pretender pasar por Strasburgo!

Y usted no sabe como arreglárselas para quitarse á esos sujetos de encima y para hacerles comprender que mientras usted tenga contribuciones que pagar y alquileres á que atender y familia á que alimentar, se le debe importar tres pitos de que el Rey Umberto pase por donde le dé la gana y de que á Alonso Martínez le nombren ó no le nombren Presidente del Congreso ó Archipámpano de las Indias.



El domingo pasado pensábamos los chicos de buena familia haber hecho en el puerto lo que hacen las criadas en el mercado: *regatear*.

Pero ¡ay, que no pudo ser! La Providencia, que vela por todos, veló aquel día el cielo con un manto espeso de negras nubes y estas empezaron á dejar caer sobre nosotros un chaparrón, que, mal nos está el decirlo, pero nos puso el cuerpo como un estropajo en activo servicio.

Agua por arriba, agua por abajo, agua por todos lados...; sucedió lo que era natural: que las Regatas se aguaron.

Y se suspendieron hasta hoy jueves, día de la fecha.

Y me decía ayer un estudiante, chico de costumbres algo libres, que *estudia libre* y que en su vida ha abierto un libro:

—¡Pobres Regatas! Las compadezco desde el fondo de mi corazón, porque yo estoy en el mismo caso que ellas.

—¿Y cómo es eso?

—Digo, no; estoy en peor caso, porque á ellas las han suspendido por pocos días y á mí ¡ay!... á mí me han *suspendido* por todo un curso!



No sé de qué rodeos valirme para decir á Vds. que hoy hay toros.

A la hora en que pasen Vds. la vista por estas líneas la ciudad estará convertida en un hervidero de pasiones chulescas y el clásico grito de: ¡*A la plaza!* hará palpar dulcemente nuestros corazones.

Porque aquí, aunque parezca que no, *seamos* muy toreros y sabemos decir: ¡*Hule, tu mara!* y darnos dos pataditas y arrancarnos por malagueñas, cuando nos conviene.

Hasta un sujeto, que vende en la plaza de la Boquería, me decía durante la última corrida:

—¿Dicen que Fabrilo ha despachado muy bien este toro? ¡Pues si hubiera Vd. visto como despaché yo uno ayer!...

—¿Sí? ¡Ah, vamos! será Vd. torero y...

—No, señor.

—¿Pues qué es Vd.?

—Cortador de carne en la Boquería.

¡Era carnicero!

¡Claro que lo había despachado!

ANTONIO L. RUIZ.



## UN DRAMA

—¡Traición!

—(¡Mi esposo! ¡yo muero!)  
—¡Hiere, desdicha alevosa,  
hiere y mátame! ¡Mi esposa  
en brazos... de un caballero!

—¡Andrés!

—¡Deja el paso franco!...

Ojos que lograsteis ver  
tal infamia en tal mujer,  
¡cegad, cegad... ú os arranco!

—Pero, Andrés, ¿estás en tí?

—La pregunta es excusada:  
al ver su honra así ultrajada,  
¿quién no está fuera de sí?

—¡Ve que lamento mi error  
y que tu enconas mi herida!

—¡Ve que sólo con la vida

se pagan deudas de honor!

—Aunque tu pecho recela

que fuí á tu fé traidora,

¡no hubo tal!...—¡Eso, señora...

se lo cuenta usted á su abuela!

—En mí no ha habido doblez.

—¡Mi honra está de muerte herida!

—Es que ha sido sorprenda

mi cándida sencillez.

Recuerda que un día aciago,  
tras de darme cruda guerra,  
partiste á lejana tierra,  
no hallando en mi amor halago.

Acción fué más que villana;

pero, á pesar de olvidarme,

jamás pude consolarme

de tu partida... serrana.

Por fin, tras llanto copioso,

hijo del dolor más fiero,

cayó aquí este caballero

y me dijo: —¡Soy tu esposo!

Y yo, que no soy ladina,

si bien me precio de honrada,

pensé que eras tú, y...—¡Y, nada!

me pusistes... en berlina.

¡Mas, por Dios, que te equivocas,

si abrigas el pensamiento

de aplacar con ese cuento

el furor que en mí provocas!

—Mi labio, Andrés, no te engaña...

—¡Si el galán que veo aquí

se parece tanto á mí

como un huevo á una castaña!

¡Dí que á livianos antojos  
sacrificaste mi honor!...

¿O acaso tiene el candor  
telarañas en los ojos?

—¡Créeme!...—¡Yo pierdo el seso!

¿confundirnos has podido,  
no existiendo el parecido?

—¡Precisamente por eso!

—Pues no alcanzo la razón

de tu infame proceder.

—¿No fuiste con tu mujer

el más insigne bribón?

¡Cónfiesalo!—No lo niego:

fui, es cierto, un mal marido:

mas volvía convertido

en mansísimo borrego...

—Sabía que, enamorado,

mi dulce perdón ansiabas

y que á mis brazos tornabas

correído... y aumentado.

—¿Y poniéndome en un potro

con otro me confundías?

—¡Si se dijo que volvías

tan cambiado... que eras otro!

CASIMIRO PRIETO.

## A LOLA.

Lola hechicera, mi gentil Lolilla,  
cuando me dieron la esquelita aquella  
que esta mañana me escribiste en guasa,  
me encontraba en el lecho á maravilla

y, al ver la letra redondita y bella

de la dócil plumilla,

que deja algo de tí por donde pasa,

abrí las puertas del balcón, diciendo:

—«¡Qué entren Lola y la luz juntas en casa!»—

Y entró la gracia del Señor contigo;

y seguí yo leyendo

del blando lecho al cariñoso abrigo,

—dicho sea en honor de mi patrona,

si no de la verdad—las frases breves

en que á dudar te atreves

de tu más fiel admirador y amigo.

Me dices, entre cínica y burlona,

que de qué me reía en el paseo

mirando ayer tu escultural figura

y añades con graciosa travesura:

—«Porque, chico, yo creo

que ni llevo yo monos en la cara

ni tú en los labios tontería pura»—

Monos no llevas, mas de que eres mona

no habría quien dudara

en toda la ciudad de Barcelona,

porque todos han visto

la esbeltez sin rival de tu cintura

y el sueño azul de tu pupila clara.

Pero ¡por Jesucristo!

que haces una locura,

que mueve á risa á quién en tí repara,  
coronando tu angélica hermosura  
con un sombrero, tan metido en flores,  
que es un puesto ambulante de verdura.

Ya sé, bella Dolores,  
que es *la dernière* flamante y celebrada  
de los sombreros de mujer, ahora,  
aliñarse en la frente una ensalada,  
no causando extrañeza

que se coma un borrico á una señora,  
pues es colmo de gracia y gentileza  
llevar en la cabeza

todas las variedades de la Flora.

Mas no te cures de ello,

y deja que en buen hora

suplan otras su falta de cabello

con violeta, albahaca y yerbabuena;

que ese jardín artificial desdora

el de tu cabecita encantadora,

en que cada hebra rubia es un destello

y cada bucle de oro una azucena.

Tu continente bello

afea tanto la sutil yerbilla

que por tus curvos rizos se entromete,

que quien te vea, generosa y buena

como el pan de Castilla,

ha de pensar, si á crítico se mete,

que te hizo Dios, Lolilla,

el corazón, en verso de Zorrilla

y la cabeza en prosa de Cañete.

Yo estoy por la mantilla;



## LAS PATENTES DE ALCOHOL



—Pues yo hoy sostengo lo que ayer sostuve:  
esas patentes son una simpleza.

Porque así el alcohol ¿sabes? se sube...

—Si, chico, sí, se sube... á la cabeza.

Ayuntamiento de Madrid

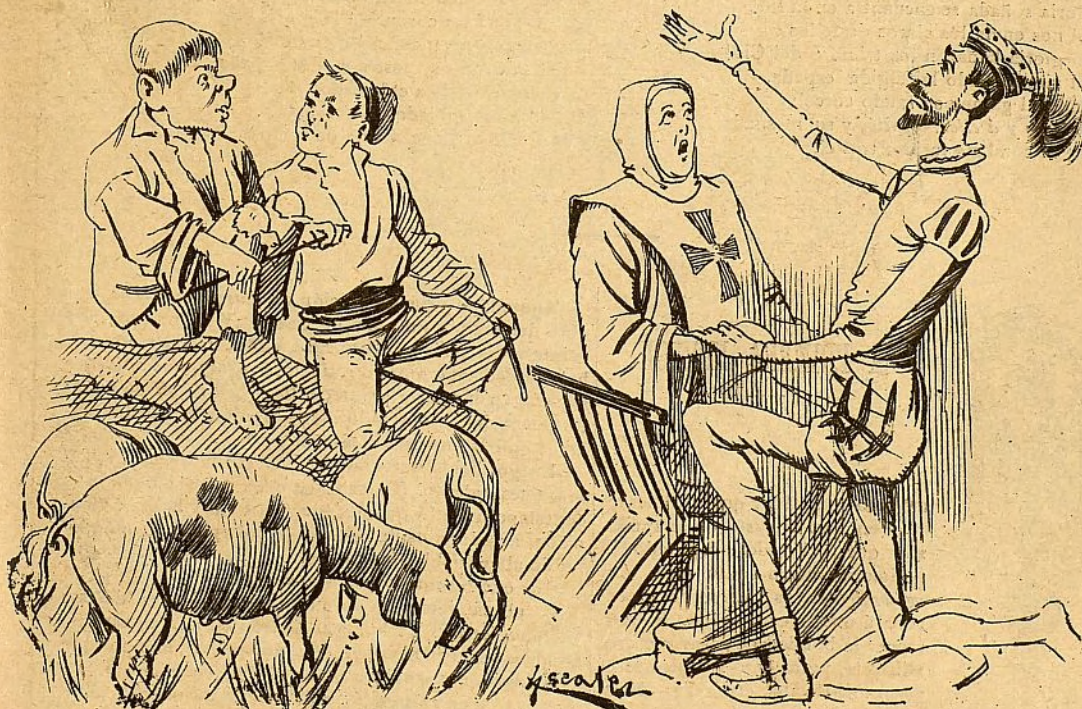


PERSONAJES HISTÓRICOS



FERNANDO el Deseado

RIEGO



LOS INFANTES DE LA CERDA

DON JUAN PRIM  
(demasiado primo!)



y por eso veía con tristeza  
que, por aquellos meses  
en que la Fauna reemplazó á la Flora  
en tu linda cabeza,  
rica en hebras doradas, cual las mieses,  
coronase tu aliño dominguero  
aquel pájaro azul embalsamado,  
con ojos de cristal, atravesado  
con un puñal de plata, en tu sombrero.

Yo te lo he censurado,  
porque el pobre animal sacrificado,  
en vez de dar realce á tu belleza,  
dió pábulo á la sátira imprudente...  
¡Era frase corriente  
que á pájaros tenías la cabeza!

¡No hay como la mantilla! Noblemente  
al abolengo nacional aduna  
el ser tan inocente,  
que estamos en mantillas en la cuna.

La leve nube que en el aire oscila

es como la mantilla de la luna,  
que es la eterna manola  
que por los cielos sin cesar rutila.

Y viceversa, Lola:  
tu mantilla será nube tranquila  
que velará, con mágica aureola,  
el relámpago azul de tu pupila.

Créeme, Lola, y viste á la española;  
que si al fin te convenzo  
y de tu frente primorosa quito  
pájaros de cartón, flores de lienzo,  
te ofrezco ir aclamando á voz en grito,  
per prado y monte y mar y llano y sierra,  
ese cuerpo bonito,  
gloria del cielo, encanto de la tierra.

Con que arroja ese trasto soberano  
que sobre el cielo de tu frente pesa,  
y haz caso del poeta americano  
que, amigo de la nieve en el verano,  
los breves copos de tus plantas besa.

JOSÉ DE DIEGO

## LO QUE VA DE AYER A HOY

I

Valiente guerrero de férrea armadura  
que quiebra en sus piezas los rayos del sol,  
ostenta á caballo su altiva figura  
y muestra en sus frases el genio español.

Arenga á sus tropas con voz altanera,  
convoca á la lucha con aire marcial,  
y blande en su diestra la hispana bandera  
¡pingajo sublime! ¡señera triunfal!

—¡Soldados!—les dice—¡Santiago y á ellos!  
¡La gloria soñada se encuentra en la lid!  
¡El sol nos envía los claros destellos  
que en gloria bañaron los triunfos del Cid!—

Y al aire sacando la fúlgida espada,  
poniendo al galope su raudo corcel:  
—¡Santiago y á ellos!—gritó, y su mesnada  
lanzóse al combate furiosa tras él.

II

General de brillantes entorchados,  
pasa revista á extensa división,  
y arenga brevemente á los soldados,  
que le oyen en correcta formación.

—¡Soldados!—dice—vuestra patria ufana  
vuestras glorias con gozo aplaudirá,  
y vuestros nombres, si moris, mañana  
en sus hojas la historia escribirá!

¡A la lucha, valientes! ¡La victoria  
no dejéis escapar de entre las manos,  
y al par que las coronas á la gloria  
la existencia arrancad á los tiranos!

¡El corazón de vuestra madre España  
en vuestros pechos esforzados late!—  
(Envío á los soldados al combate.  
y él se quedó en su tienda de campaña.)

JOSÉ BORRÁS.



## LA PRIMERA EDICION

UY señor nuestro y querido cliente:

«Tenemos el gusto de anunciar-  
»le que habiéndose agotado la  
»primera edición de su obra *Las*  
»*golondrinas*, es tiempo de proce-  
»der á una nueva tirada. Sirvase  
»tener la bondad de pasar por esta  
»librería, para que arreglemos el  
»asunto. Reciba, etc., etc.—MAS-  
»SOL HERMANOS, editores.»

Al recibir esta carta,—nos con-  
taba el otro día Enrique Didier,  
el célebre autor dramático,—creí  
morirme de alegría y asombro; más  
asombro que de alegría.

¡Agotada la primera edición de *Las golondrinas*, mi  
obra de estreno, un tomo de versos! ¡Y apenas contaba  
veinte y dos años, no conocía á nadie en París, no me  
habían dedicado ningún artículo, sólo algunos *anuncios*  
*pagados* en la cuarta plana de los diarios!.. ¿Y en cuán-  
to tiempo había obtenido ese resultado inexplicable, in-  
verosímil? En un mes solamente.

¿Luego, había obtenido éxito, verdadero éxito?... ¿Te-  
nía, pues, talento? ¿Comenzaba á ser apreciado por esos  
contemporáneos á quienes hasta entonces había calum-  
niado, acusándolos de rebeldes á toda poesía, tratándo-  
les de abominables burgueses?

¿Por qué no intentar una novela?...  
Yo no me detendría un momento... Después de este  
volumen, otro... Ya había trabajado en él... en sueños.  
Después seguiría el teatro, ese potente trampolín que  
de un salto nos lanza en plena gloria, en plena fama,  
que eleva nuestro nombre más allá de las nubes... ¿Y la  
novela?

Ya pensaba en estudios psicológicos profundamente  
hechos, en descripciones conmovedoras y exactas... Bu-  
llía mi cerebro... ¡Todas las locas combinaciones de los  
veinte años despertábanse en mí... Releía sin cesar la di-

Ayuntamiento de Madrid



chosa carta... Recorría mi cuarto en todos sentidos, radiante, bullicioso...

—Y bien ¿qué tienes, hijo mío?

El semblante de mi abuelo acababa de aparecer en la entreabierta puerta; una cara bondadosa, cuidadosamente afeitada, de nariz pronunciada, ojos vivos detrás de los lentes, bien peinada peluca, terminando en sus sabias ondulaciones las apacibles y rosadas carnes.

—¿Me preguntas lo que tengo, abuelito? ¡Toma, lee! Después que hubo leído la carta, dijo:

—Y bien, ¿qué? Tus versos son bastante lindos. Al menos así lo creo.

—¡Pero piensa, abuelito, en que este es un éxito inesperado! ¡Ya nadie lee versos!

—Pero leen los tuyos... Eso debe satisfacerte.

—¡Ya lo creo!

—¿De modo que eres feliz!

—¡Sí, me siento dichoso!

—Es todo lo que se necesita.

Y abrió su tabaquera y tomó lentamente un polvo, mirándose con ojos sonrientes.



Una hora después me hallaba en casa de los señores Massol.

Todo el mundo literario conoce esa célebre casa editorial, ese vasto zaguán horadado por arriba, donde los libros, clasificados cuidadosamente, se extienden en filas blancas, amarillas y azules. Balcones de madera se extienden a lo largo de los muros y forman dos pisos.

Es un vaivén continuo de empleados, criados y dependientes; de volúmenes y papeles impresos que suben o bajan sujetos por finas poleas. Una especie de fábrica industrial, cuyo inagotable producto es el pensamiento impreso.

De un salto subí al tercer piso, al escritorio del mayor de los Massol, el que se ocupa más especialmente en recibir a los autores.

Encontré cerrado el despacho. Un ruido de voces salía de él. El principal estaba ocupado. Me senté en un banco aguardando mi turno. Y mientras aguardaba, recordaba la emoción que había experimentado la primera vez que había ido a esa librería. ¡Con qué latidos del corazón había subido esa escalera con mi manuscrito bajo el brazo! Y cuando entré en el despacho de Massol ¡cómo temblaba todo mi cuerpo! Me recibió cortés, pero friamente. Después de todo, tenía razón el valiente comerciante.

Un joven de veinte años, un desconocido que le llevaba... ¿qué...? ¡versos...!

¡Un género que no se vende en las librerías! Una novela, pase... pero ¡versos!

Consintió en editarlos, a condición de que los gastos corriesen por mi cuenta. Y desde entonces pasé por todas las emociones de una primera obra: las pruebas que llegan por paquetes, húmedas aún de la impresión, plagadas de faltas que desesperan y parecen no acabarse nunca; las incesantes vacilaciones gramaticales, la dudosa puntuación, las luchas renovadas sin cesar con los cajistas, que para sus adentros, trata uno de imbéciles, y que nos pagan en la misma moneda; la formación del índice; la disposición del título de modo que seduzca al comprador; la elección del color para las cubiertas; el *¡listo para tirarse!* tres palabritas que no parecen nada, pero que lo componen todo en realidad, pues que lanzan al público los pensamientos del autor, como los tres golpes antes de levantarse el telón abandonan el drama a los espectadores; la aparición del volumen nuevecito, campeando en las vidrieras de las librerías, en los bulevares y puestos públicos.

Acababa de abrirse el despacho de Massol y salía el académico X... acompañado hasta la puerta por los ob-

sequiosos saludos del editor. ¡Qué buen cliente aquel! ¡Llegaría yo algún día hasta allá, Dios mío!

Massol me indicó que entrase, con una señal de benevolencia paternal. Me rogó que tomara asiento, y acomodándose en su poltrona, de cuero me dijo:

—¿Habeis recibido nuestra carta?

—Sí, señor Massol.

—¡Una tirada de versos agotada en un mes...! ¡Palabra de honor que no me explico!

Esto era poco halagador; pero mi asombro justificaba el del editor.

—Es singular lo que ocurre con vuestro libro; se vende, pero nadie habla de él... Es la primera vez que observo este caso... Es particular, completamente raro.

Y lanzaba unas carcajadas que inflaban su vientre de editor admirado.

Convinimos en nuestra entrevista en que se tirarían quinientos ejemplares de *Las golondrinas* para sostener la demanda.

En efecto, algunos días después veía en las librerías mi querido libro, magestuosamente instalado con esta lisonjera fórmula: *Segunda edición*.

—Después de todo, me decía, soy demasiado tonto en preocuparme por esto. Si *Las golondrinas* se venden es porque las compran. ¿Qué más tengo que pedir...?

Además, el volumen no contiene más que versos de amor, versos apasionados. Son las mujeres las que deben arrebatárselo... ¡Oh, las mujeres...!

Y, dominado por este pensamiento, creía ver mi volúmen de cubierta azul en las manos de todas las grandes señoras del aristocrático barrio, que me leían por la noche en el lecho, y se dormían pensando en mí...



Animado por este primer éxito, continué trabajando con ardor. Compuse mi primera comedia, *La abuela*, que, como sabéis, tuvo la suerte de ser bien acogida en el teatro Odeón; después *Las víctimas del matrimonio*, en el Gimnasio; después *Los dos hermanos*, en la *Comedia francesa*; y otras más aún... Me convertí en «autor recibido», como decimos. Los años trascurrieron... y ya no pensaba en *Las golondrinas*, obra de la juventud, tímido ensayo olvidado.

Por entonces experimenté unos de los mayores dolores de mi vida. Perdí a mi querido abuelo. Se extinguió dulcemente, cuidado, querido por todos nosotros hasta su última hora. Era una de esas raras naturalezas que no conciben el egoísmo y cuya activa bondad no omite pena alguna para proporcionar la alegría a los seres amados; almas tiernas y delicadas que se olvidan de sí mismas para no pensar sino en los demás, se creen liberalmente pagadas con una sonrisa y se sienten felices con la felicidad que regalan.

Siempre recordaré la dolorosa impresión que experimentamos cuando, un mes después de la muerte de este ser querido, penetramos en su habitación. Había permanecido intacta, con sus antiguos muebles y los objetos familiares que nos lo recordaban.

La habitación del querido difunto iba a ser alquilada. Era preciso llevarse los muebles, vaciar los armarios, dejar el puesto al desconocido que viniera a reemplazarlo. Los muertos se van pronto, sobre todo en las grandes ciudades, esas inmensas colmenas en perpétua actividad. Apenas se halla un alveolo vacío cuando se instala otra vida, desconocedora de la que la ha precedido y de la que la ha de seguir.

El arreglo empezó. Yo estaba penosamente impresionado. Me parecía que todo lo que restaba de mi abuelo se dispersaba y deshacía poco a poco.

De pronto, uno de mis parientes lanzó un «¡Oh!» de admiración, y enseñándome la parte baja de un armario que acababa de abrir, me decía:

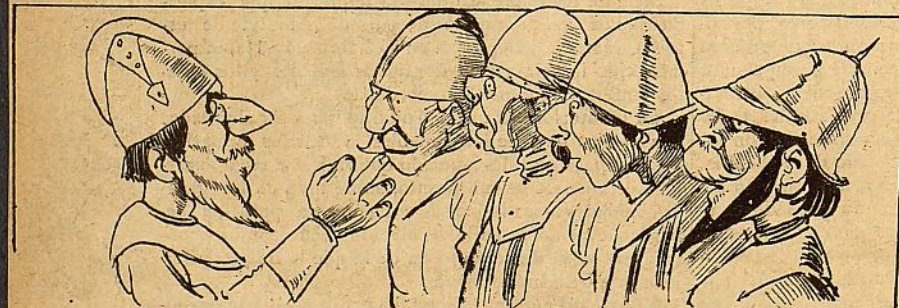
—¡Enrique... ven a ver esto!



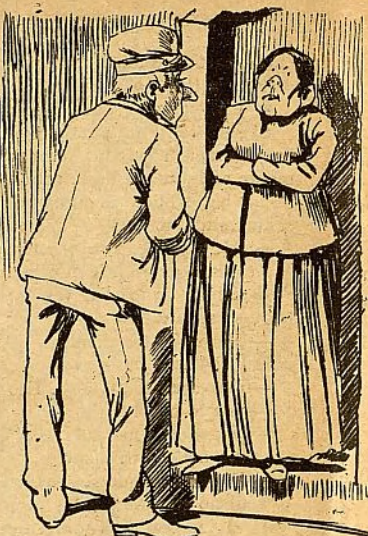
# TEATROS DE VERANO



—Bueno, pero convengamos, Lolita, en que ha sido una ligereza imperdonable.  
—¡Vaya por ligereza! ¡Pero tu te olvidas, hijito, de que yo soy tiple... ligera!



—De manera que cuando yo diga: «¡Avanzad, bravos guerreros!» vosotros  
sus adelantais, pero con mucha diznidad y mucha de la decencia, por que pá  
eso estrenais hoy cascos nuevos.



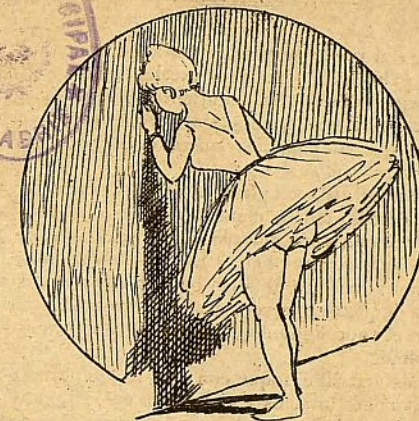
—Diga usted, señá Pepa: ¿anda por ahí su hija? Porque he visto escurrirse una p...  
el foso...  
—Pero, hombre, diga Vd.: ¿ha de ser siempre mi hija la que se escurra?



—¿Sabes qué pienso, hija? Que cosa variedad de trajes, va á  
llegar día en que los únicos que p... escribir obras para el teatro  
sean los sastres.



—¡Ay, joven, si Vd. me hubiera conocido  
veinte años, cuando yo levantaba el  
reñista salva sea la parte y perdone usted  
el modo de señalar!



—Anda, qué dulces efluvios, como dice la Pascuala: ¡como rebosa hoy la sala  
de morenos... y de rubios!



—Usted me perdonará, Arturito, pero tengo que vestirme y..  
—No; no importa; si yo no me ruborizo.  
—No, ni yo tampoco, pero...



Fuí á ver en seguida, y pude contemplar... ¡Oh, querido abuelo...! ¡querido y excelente hombre...! Ví los anaqueles inferiores del armario llenos de volúmenes completamente iguales, sin cortar, con una cubierta azul que yo conocía demasiado... ¡*Las golondrinas*! ¡*Las golondrinas*!

Estaba allí, completa, la primera edición de mi obra, esa edición tan rápidamente vendida, y que compraban y de la que nadie hablaba, según decía Massol... ¡Ya lo creo que no hablaban...! Era mi abuelo quien la había comprado... Era él aquel público invisible, aquellas bellas duquesas que yo creía ver devorando mis versos, con el codo hundido en medio de los encajes de la almohada.

Me arrodillé, toqué con mano temblorosa aquellos volúmenes intactos y viejos á la vez. Algunos llevaban los sellos de las más lejanas librerías; unos venían del boulevard del Temple; otro de las galerías del Odeón... ¡Al manosearlos, creía ver á mi querido abuelo andando á paso ligero, y recorriendo todo París de uno á otro extremo para comprar el libro de su nieto! Lo veía entrar en los establecimientos, pedir orgullosamente *Las golondrinas* de Enrique Didier, tomar dos ó tres ejemplares (lo más que podía para no despertar las sospechas del comerciante,) y llevárselos bajo el brazo,

riéndose interiormente de su conmovedora treta. Tan pronto entraba, corría hacia el armario y ocultaba su botín, sintiéndose feliz al ver la fila alargarse, alargarse siempre... ¡Por más de quince años había guardado su secreto! ¡Su delicadeza había rechazado un agradecimiento al que tenía tantos derechos!

Y me acordé entonces de la frase que me había dirigido sonriendo el día que recibí la carta de Massol:

—¿Eres, feliz hijo mío? ¡Vamos, es cuánto se necesita!

Si, yo era feliz, querido abuelo... Ninguno de los éxitos alcanzados después ha igualado á la felicidad de saber que la primera edición de mi primera obra se había agotado. Ahora sé lo que ocurrió... conozco tu inocente jugada... y á la pasada alegría viene á unirse el profundo reconocimiento hacia el que me la proporcionó... ¿Amarte más? No hubiera podido. Pero tu delicada atención me ha probado que lo que hay más apreciable en este mundo, más radiante y verdaderamente sensible, es la bondad.



Enrique Didier se detuvo. Una lágrima resbalaba por su mejilla. Y todos permanecemos junto á el silenciosos, dulcemente conmovidos por su narración...

J. NORMAND.

## TIPOS DEL NATURAL

Timoteo Mantequilla.

Ya que LA SEMANA CÓMICA  
ni una estrofa te dedica,  
voy á regalarte un párrafo,  
apreciable *Mantequilla*.

Bien merecido lo tienen  
tus *hazañas inauditas*,  
de muy pocos ignoradas,  
mas por nadie referidas.  
En el *arte de vivir*  
no hay quien contigo compita,  
que eres docto en travesuras  
y maestro en *socaliñas*.  
¿Qué son *Guzman de Alfarache*,  
*Pablos*, *Cipión y Chinchilla*,  
si se comparan contigo  
por el clamor de las *víctimas*?

De *realidades* en pos,  
sembrando vas las mentiras,  
virgen en *vergüenza*, pues  
nunca te fué conocida.

Estimas tanto á las gentes,  
que del *es* siempre te olvidas  
y el *timar* por estimar  
tomas, y á cualquiera *timas*.

En alta voz aseguras  
que eres *maestro en esgrima*;

lo creo y se ve que *el sable*  
es tu arma favorita.

Tantos *sablazos* doquiera  
repartes de noche y día,  
que partido por mitad  
dejas al pobre que *pillas*.

Ni una línea retrocedes  
y siempre que *á fondo tiras*,  
es *al fondo*... de las bolsas,  
para dejarlas vacías.

A veces *Conde* te finges  
para un engaño, y lo afirmas  
que *algo esconde* quien *es conde*,  
como tu, el arma *homicida*.

Por mas que se ponga en *guardia*,  
¡desdichado quien tú miras!  
antes que sentir el golpe  
ya repara en las *heridas*.

Duelos *á primera sangre*  
te revientan, te fastidian;  
tu intención es hacer *cuartos*  
del que *á sable* desafías.

Mucho de apellido mudas  
y el por qué bien se adivina,  
una *fama* tan *entera*  
mejor esté *repartida*.

Profesor en idiomas,  
no hay lenguas desconocidas  
á tu ingenio *pedigüeño*,  
ni á tu constancia infinita.

Son tus frases ampulosas,  
retumbantes y *escogidas*,  
para *hipnotizar* lo ageno  
y dorar mejor la *píldora*.

La actividad es tu fuerte,  
la constancia tu *divisa*;  
para no errar nunca el *blanco*  
entiendes *fisiología*.

Infatigable y audaz  
puedes ser *perdona-vidas*,  
pero no *perdona haciendas*,  
que á cualquiera se la quitas.

Estas y otras cualidades,  
no muy buenas para dichas,  
te convierten en un héroe  
*Timo-teo Mantequilla*.

Esta es la razón de que,  
viendo que el mundo te olvida,  
con la pluma te retrate  
por si *sablazos* se evitan....

JOSÉ M<sup>a</sup> CODOLOSA.



## LA DEL HUMO

«Señora doña María:  
pasado ya el alboroto,  
he resuelto en este día  
decir á usted que se ha roto  
el lazo que nos unía.

No niego que la he querido  
con pasión, cerca de un mes;  
mas tenga usted por sabido  
que aquello que fué y no es...  
como si no hubiera sido.

Cuando en el baile la ví  
tan graciosa y retrechera,  
yo no sé que la pedí,  
que usted me dijo que sí  
al compás de una habanera.

Y no me tache de ingrato  
si al recordarlo me hastío:

aquello fué un arrebato,  
que concluyó al poco rato  
por no haber *tuyo ni mío*.

Jurándola ser constante,  
fuimos del placer en pos,  
y usted se llamó mi amante,  
no habiendo desde ese instante  
nada oculto entre los dos.

Mas todo tiene un final;  
aquel amor material  
acabó, no se sulfure,  
por aquello de: «no hay mal  
ni bien que cien años dure.»

Se acabó lo de: *soy tuyo*,  
y aquello de: *mi albedrío*;  
hoy de tales bromas huyo,  
y sepa usted que lo mío

desde hoy deja de ser suyo.

De aquel pasado risueño  
que pertenece á la historia,  
el que se llamó su dueño  
la deja para memoria  
tres papeletas de empeño.

*Item*, un par de pendientes,  
un polisón, unas medias,  
un batidor, unos lenies,  
un cepillo de los dientes  
y dos tomos de comedias.

Ya vé usted, doña María,  
que dejo más de un recuerdo  
del tiempo en que la quería:  
ahora bién, desde este día,  
¡si la he visto no me acuerdol...

*Por la copia:*

E. DE LUSTONÓ

## LA PRENSA DE MADRID.

## EL IMPARCIAL

Mellado, Ortega Munilla, Federico Urrecha, Eduardo de Palacio, García Gómez, Quejana, Enrique Hernández, Nicanor Rey, Martínez Bermudez, son los nombres que suenan en aquella vieja casa de la plaza de Matute. ¡Sobervio edificio! Necesitan encomendarse á Dios los que creen en este individuo, y á los diablos los que, como yo, están dados á ellos, para determinarse á subir aquellas escaleras llenas de baches y surcadas de arroyos, y llegar sanos y salvos al piso principal y único, donde está la redacción, en la cual, Mellado, el director, en mangas de camisa, si es verano, ó embozado hasta las cejas, si es invierno, lee á las tres de la mañana, abriéndose á bostezos, lo que los redactores escriben, y escribe él también de vez en cuando (pero entónces se desemboza) alguno de esos artículos enérgicos, vibrantes, castizos, elocuentes, magníficos, como todos los suyos. Y es verdaderamente heroico el escribir así, recibiendo en la capa las goteras cuando empieza á azotar los cristales del balcón la lluvia, ó escuchando los tiernos *jiptos* de Juan Breva, famoso *cantaor* flamenco que entona seguidillas allí en frente, en el *Café Imparcial*. El periódico de los sucesos de Gasset y Artime es el que más circula en la Península y, por ende, el que más dinero gana. ¿Por qué no se lo gasta en poner una casa decentita, como Dios manda, y cual corresponde á una empresa favorecida por la fortuna? ¿O es que el periódico vive mal adrede y con el único objeto de que Lastres se rompa la crisma, cuando suba á la redacción á mendigar un bombito?...

De la historia política de *El Imparcial* no quiero hablar ahora ni es sazón oportuna. Baste decir que el periódico ha coqueteado con todos los partidos y defendido, allá en los tiempos de Gasset—y esta es la más negra—á los negreros de Cuba. La ardiente pluma de Andrés Mellado, que, en *La Igualdad*, combatió por la democracia republicana, propagó más tarde, en *El Imparcial*, la candidatura del fantástico rey X, y tiñe ahora con los rosicleres de la espezanza la cuna de nuestro rey

mamón. Y á pesar de estos cambios, ese buen periódico que hoy es ministerial de Sagasta y bombero de Moret, y que se lee en todas las casas de huéspedes y se deletrea en todas las zapaterías, ha ejercido siempre una positiva influencia en la opinión; influencia que *El Imparcial* ha sabido utilizar unas veces en provecho propio, haciendo ministro á Gasset, y otras en provecho de la patria, iniciando suscripciones para las víctimas de la guerra civil ó los inundados de Murcia, y fortificando el espíritu público en los tormentosos días de las grandes crisis.

Como las de Puerto-Rico son diputaciones de entrada, Andrés Mellado empezó su carrera parlamentaria, graduándose de diputado por Puerto-Rico. Pero hay que hacerle justicia; le trajeron de hombre bueno y él se volvió hombre malo. El primer discurso que pronunció en el Congreso, fué en defensa de la reforma electoral, por cuyo motivo anduvo á la greña con Ubarri, jefe y capataz de los reaccionarios de mi tierra. Este rasgo demuestra que en Mellado no hace mella ningún cacique de villorrio.

En amor y compañía de Fernández Juncos, periodista portorriqueño, bajaba yo un día por la calle de Alcalá, cuando se nos acercó el director de *El Imparcial*:

—¿Saben ustedes—nos dijo—que Ubarri me ha escrito?...

—¡Hombrel—exclamó Fernández con sorpresa, y como si le dijeran que había hablado la burra de Balaám—¡Hombrel Parece mentira... Cuando yo salí de allá, Ubarri no sabía escribir...

—El firma la carta...

—¡Ah!

—Y está muy incomodado conmigo, por mi discurso.

—Pues que sea enhorabuena—dijo Fernández, con su cara de carabinero retirado.—La desaprobación de Ubarri es el mejor timbre de gloria para usted.

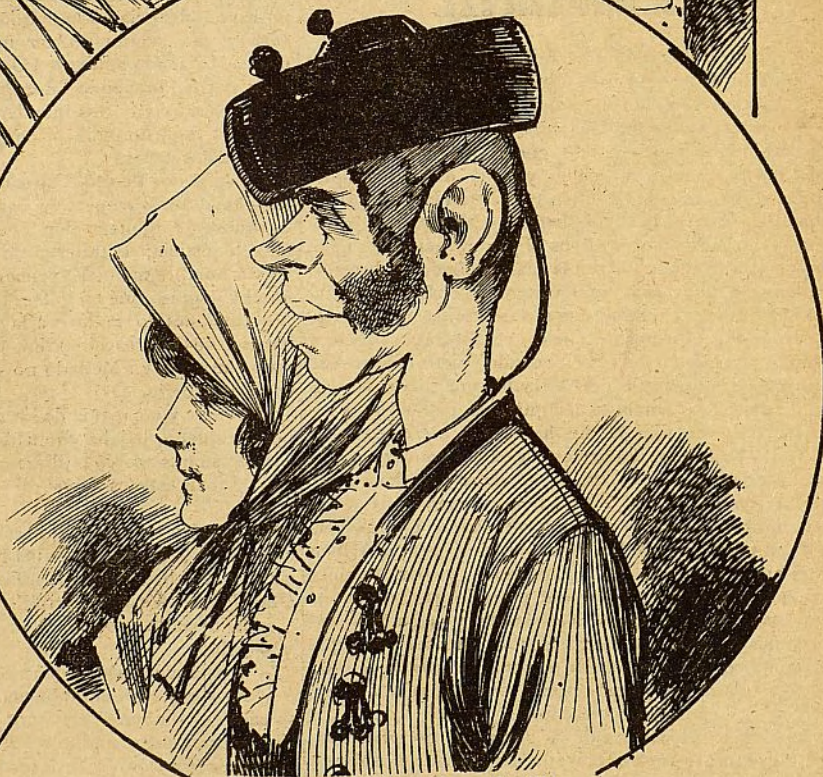
En la redacción de *El Imparcial* luce todos los días sus varios conocimientos Ortega Munilla, joven cubano—aunque pocos conocen este secreto—y publicista acicalado y primoroso, que ha escrito unas cuantas novelas apreciables é innumerables crónicas, castizas y elocuentes, bien que algún tanto gongorinas. Dirige Ortega *Los Lunes* literarios de *El Imparcial*, que más bien parecen martés, por lo que tienen de aciagos para la li-



## DIA DE CORRIDA



—¿Cómo por aquí, José?  
 —Pues muy sencillo, mi vida:  
 dije: iré á ver la corrida...  
 y he venido á verla á usted.



El nació en Cádiz y ella en Sevilla  
 y allá va *er Curro* con su chiquilla,  
 mirando torvo y oyendo flores,  
 á entusiasmarse con los primores  
 de los muchachos de la cuadrilla.

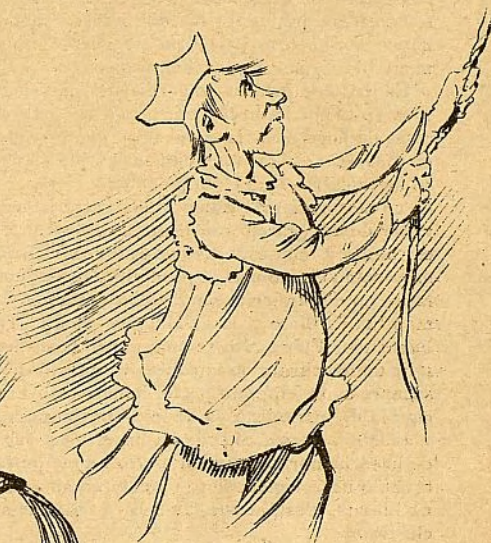




# TÉRMINOS DE PINTURA



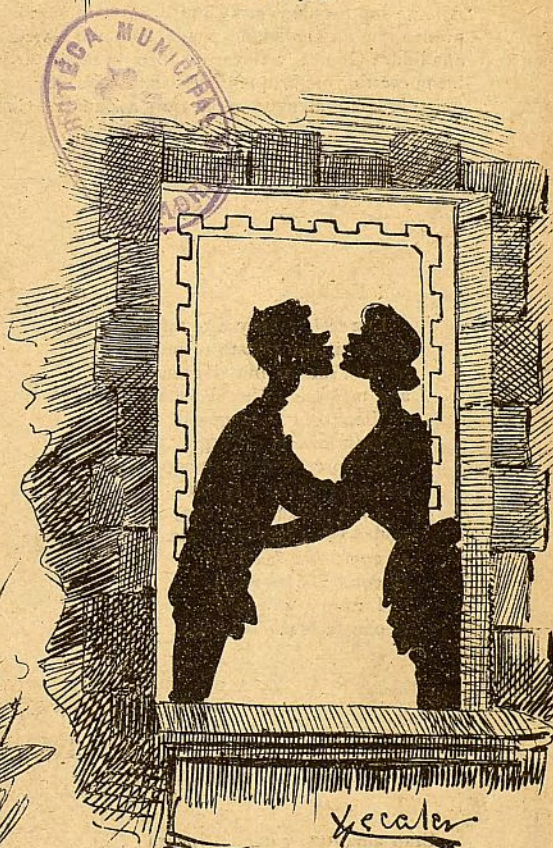
PINTURA AL NATURAL.



UN TOQUE.



PINTAR AL FRESCO.



UN EFECTO DE LUZ.



teratura. En esos *Lunes* tritura ahora el escritor Valbuena (con el pseudónimo de Miguel de Escalada) el diccionario de la Academia; empresa obvia y baladí, si se considera que todos los diccionarios habidos y por haber son malos, y que no es posible á nadie en el mundo el formar un diccionario perfecto.

Eduardo de Palacio es el escritor que en estos últimos diez años ha hecho reír más á las patronas de las casas de huéspedes. Hay muchas gentes que sólo leen en *El Imparcial* las intencionadas y bien escritas *misceláneas* de Enrique Hernández y los jocosos artículos de circunstancias de Eduardo de Palacio, asiduo cultivador de un gracejo no siempre original y algunas veces burdo y rebuscado. No es esto una censura. Yo admiro como el que más la prodigiosa fecundidad de Palacio, no de otra suerte que admiro también la de Iremón, la de Blasco, la de Matoses, Bofill, Taboada, y Fernandez Flores. No se comprende cómo han podido salir tantos chistes de la cabeza de un sólo hombre, que siempre anda enfermo y mal humorado. ¡Triste condición la del periodista, la de ese presidario, aherrojado á la labor eterna! Si se le ha muerto su suegra y está de buen humor, le mandan escribir aquel mismo día un artículo necrológico; si se enredó en amores con alguna literata, y está triste, le hacen redactar un artículo chistoso.

García Gómez pasó desde los bancos del Ateneo, donde nadie le conocía, á la redacción de *El Imparcial*. Allí se supo quién era Calleja. Allí se conoció bien pronto que un ciudadano puede llamarse García, y por añadidura Gómez, y elevarse sobre la plebe artística y hasta escribir mejor que el Excelentísimo Sr. D. Joaquín Ignacio Mencos y Manso de Zúñiga, Conde de

Guendulain y académico de la Lengua. Para todos menos para mí fué una sorpresa la victoria de García Gómez en el periodismo. Yo tenía mis motivos para sospechar que aquel joven valía, que en aquel cacumen, como en la cabeza del gran pagano Chenier, se escondía algo... ¡Le había visto dormirse en el Ateneo cuando hablaba Pedregal, ó leía versos Velarde!

¿Sabeis cómo entró Nicanor Rey Díaz en el espléndido tugurio de la plaza de Matute? Entró con mal pié... El periódico abrió hace tiempo un certámen literario, ofreciendo, entre otros premios, una rosa natural, y una plaza en la redacción al autor de la mejor poesía sobre no sé qué tema. No puedo asegurarlos á ciencia cierta si el resultado del certámen estaba previsto, como acontece siempre en esos juegos de muchachos. Lo cierto fué que Nicanor Rey, poeta conterráneo del doncel Macías, obtuvo el premio, y se vino con lira y todo... ¿A hacer versos? No; á escribir prosa en *El Imparcial*. ¿Y qué tal lo hizo? Hombre, ¡qué sé yo! Si se lo preguntásemos á sus compañeros, por compañerismo nos dirían... que mal. Pero eso no es cuenta mía ni de nadie. Yo solo sé que dicho gallego, á quien jamás he visto, es poeta de certámen, y se llama Nicanor, y se apellida Rey, y parece, por su nombre y su apellido, pariente de los reyes magos.

En cuanto á Federico Urrecha, el público conoce y aplaude al joven novelista y escritor galano que, procedente (aquí de las crónicas de *Los Lunes*) de los mares de la literatura, desembarcó en el muelle de *El Imparcial*, con equipaje de primorosas novelas.

Quejana, Martínez y Bermúdez pertenecen al montón anónimo.

ANTONIO CORTÓN.

## A LUZ

Luz te llaman y á fé mía  
que está bien puesto tu nombre,  
pues tu luz fascina al hombre  
aun más que la luz del día.

Viendo tu porte gentil  
y de tu mirada el fuego,  
se comprende desde luego  
que no eres luz de candel,   
y sin prestar atención,  
podrá verse que no brilla  
ni como luz de cerilla,  
ni como luz de velón.

La bujía luce mal  
si con tu luz se compara

y también es menos clara  
la de aceite mineral  
y aunque la de gas es más  
viva que las anteriores  
no tiene los resplandores  
que la tuya, la de gas.

Ni aun con carbones rojos  
la eléctrica portentosa  
da luz tan esplendorosa  
como la que dan tus ojos.

En fin, para terminar;  
es tu luz tan esplendente,  
que ni la del sol luciente  
puede á la tuya igualar.

MANUEL LASSA.

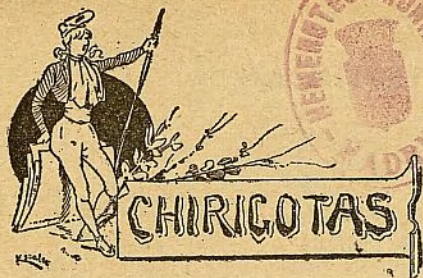
## ANTES Y DESPUÉS

Eran amantes, y con tal locura  
se amaban el doncel y la doncella,  
que en mirarse cifraban su ventura  
jella en los ojos de él, y él en los de ella!

Ya eran esposos, y se desdenaban  
con desvío y con saña tan cruel,  
que solo venturosos se encontraban  
jel lejos de ella, y ella lejos de él!

MARIANO ANGEL.





Corresponsal exclusivamente encargado de la venta de LA SEMANA Cómica en Madrid: D. Julián Rodríguez, calle del Tesoro, 5, bajo.

Con él deberán entenderse cuantos deseen vender el periódico en la Corte.



Señores de *La Tomasa*:

Ustedes son muy dueños de arañar ó no arañar á *La Esquella*, y de enterar ó no enterar al público de sus pasioncillas y resentimientos.

Pero de lo que no son Vdes. dueños es de llevar y traer el nombre de LA SEMANA para atacar á nadie.

¿Quieren Vds. decir algo? Pues díganlo ustedes por cuenta propia y bajo su responsabilidad.

He dicho, señores de *La Tomasa*.



Me ha dicho ya de mil modos el cesante Blas Paciencia, que antes enseñaba ciencia y que ahora enseña .... ¡los codos!



Embargados por el más horrible de los dolores, hemos de participar á nuestros lectores que todavía sigue la prensa llevando y trayendo el nombre del Sr. Martos.

¡Dios mío Dios mío, hasta cuando durará esto!



Cuando niña, era María tan gruesa y desarrollada, que hasta su ama de cría la encontraba muy pesada.

Pero tanto ha entlaquecido, se ha tornado tan ligera, que, según dice el marido, hoy se la carga cualquiera.

R. FERRER.



Ricardo Catarineu, nuestro buen amigo y colaborador, ha publicado una hermosa colección de poesías, titulada *Flechazos*.

La prensa en masa ha tributado al libro y á su autor los elogios que merecen. Por eso yo me limito á aconsejar á Vds. que adquieran la obra y que la lean. Y me darán las gracias.

Y en cuanto á Martos..... Digo, no; esta es cuestión aparte.



Lo que quería á Vds. decir es que, en cuanto á Martos... sigue dándome la gran jaqueca.



Abro *El Diluvio* del martes, me extremezco... y leo:

«Según el *Tarrasense*, ha sido visto en Suiza el cajero del Banco de Tarrasa, que se fugó con los fondos del mismo.»

¡Del mismol ¡del mismol...

¡Vaya una manera de escribir!

Porque aquí, en buena gramática, no se sabe si los fondos eran del cajero fugado, ó de *El Tarrasense*... ó del Banco de Tarrasa

¡Vaya V. á saber!



Y sigue:

«...ha hablado con él (con el cajero, claro) una familia de dicha ciudad que hace tiempo reside en aquella República, la cual ha llegado estos días á Tarrasa.»

¿Con que ha llegado?...

¡Felicitemos á la República Suiza por su feliz llegada á la ciudad de Tarrasal



*Caifás*.— ¡Están tan manoseaditos esos asuntos!... Pero repito que Vd., si quiere, llegará á hacer algo bueno.

J. E. —Barcelona.—Ya, ya había comprendido que *aquello* era un lapsus involuntario. ¿Cómo había de atribuir á persona como Vd. semejante dislate?

R. H. N. J. —Madrid.—¿Quiere Vd. volvérmela á mandar firmada?

J. Ll. —Barcelona.—No, si impublicables lo eran las tres. Lo que pasó fué que la de Vd. me pareció la más defectuosa y por eso la cité.

J. D. R. —Barcelona.—Saldrán.

L. de V. —Barcelona.—Entra en turno.

G. P. V. —Zaragoza.—¿Se ha abusado ya tanto de ese equívoco... Yo no sé por qué no escogen Vds. otros caminos menos trillados.

*Doctor Sales*.— ¡Vive Dios, que voy á entretenerme en levantar esos gazapos. Verá Vd.: «Caprichosa», «haora», «à HELLA LE sorprende», «ablé», «as husado», y otros quince ó veinte más que hay, no son voces ni giros castellanos.

*Y por no darle una estocada*

no es verso octosilabo. Y á la hora de entrar en máquina el presente número, *Pepe* y *mequetrefe* no eran todavía consonantes. Ni es probable que lo sean tampoco en mucho tiempo *cuernos* y *buenos*. Y *Pasqual* ¿es nombre castellano? ¿Y qué significa *cachifatura*? Usted abusa, joven, usted abusa.

*Apolo*. —Barcelona.— ¡Vive Dios, que manejaís divinamente la bien tajada péñola! ¿Por qué no mandais algo para el periódico?

P. D. R. —Gracia.—¿Correcciones? Bueno. Varie Vd. el título, cambie la firma, quite los diez versos de la décima... y lo que queda mándelo.

Por diversos motivos no pueden ser publicadas las composiciones ó dibujos con cuya remisión nos han honrado los Sres.: A. Ll. y E. F. (Barcelona).—*Madgier* y M. F. P. (Valencia).—*Mentrola* y D. M. (Madrid).—*Lo noy de la mare*. (Mataró). y P. Q. F. (Blanes).

Quedan una infinidad de cartas por contestar.

Imp. Militar.—Arco del Teatro, 9, pasaje.



## LAS BUENAS HEMBRAS



Con esa que Dios le dió  
boquita tan hechicera,  
si ella no se me comiera...  
me la comería yo.

Ayuntamiento de Madrid